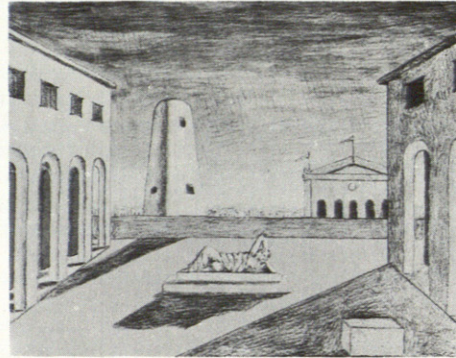




1



2



3

Muerto en Roma el pasado noviembre, a la edad de ochenta años, Giorgio De Chirico fue un pintor cuyas influencias sobre la arquitectura contemporánea europea, aunque puedan ser

tenidas por puntuales, se dieron con la suficiente intensidad para que ARQUITECTURA haya querido dedicar al menos esta corta nota como homenaje al artista desaparecido.

La muerte de *De Chirico*, como la de otros ya fallecidos, nos sume en la sensación de que el siglo XX muere también con él. Sería un hecho común a la arquitectura del XX —e incluso diríamos que se trataba de uno de sus caracteres más específicos— el de inspirarse en el arte contemporáneo y, más concretamente, en la *pintura*, como medio figurativo y de transformación de algunos criterios disciplinares. *Giorgio de Chirico* había sido así el inspirador, cercano o lejano, de algunos episodios de la arquitectura contemporánea tenidos convencionalmente por heterodoxos —y hasta por traidores a los ideales y a la sensibilidad de la época— al haber querido compatibilizar lo moderno con la vocación de clasicidad a la que parecen tan especialmente inclinadas las culturas mediterráneas. No le valió a esta arquitectura mostrar que, aparte otras cosas, compartía con lo moderno la inspiración en el arte contemporáneo —principio silenciado pero básico de la modernidad— para no ser considerada enemiga o sospechosa.

El caso es que buena parte de la mejor arquitectura italiana de entreguerras participaría de la influencia *metafísica*, apropiándose, de uno u otro modo, del ideal *dequiriquiano* del espacio.

Directa o mediada por la arquitectura italiana, en España tal influencia alcanza a la obra de Francisco Cabrero, que en el edificio de Sindicatos habría dejado testimonio de su buen hacer al emplear recursos figurativos heredados de aquella y puestos al servicio de la solución de un interesante y difícil problema urbano. Toda su obra acusa las salpicaduras de aquella sensibilidad; como lo haría —si

se quiere, y en una versión más conservadora— el proyecto para el centro comercial de la Prolongación de la Castellana en el desarrollo del Plan de Madrid de 1941. (Y nada más, pues en Madrid, al menos, otras arquitecturas italianizantes no parecen beber conscientemente en las fuentes *metafísicas*. Y en cuanto a la deuda *surrealista* de arquitectos como Aburto y, sobre todo, Moya, hay que conducirla a la proximidad con artistas españoles, como Dalí, José Caballero, Sáenz de Tejada... y hasta Gutiérrez Solana.)

Pero si la arquitectura influenciada por *De Chirico* pudo tenerse, en tiempos de la juventud de lo moderno, por heterodoxa, la que encontramos, de nuevo, tocada por aquella inspiración en los años sesenta y setenta —la desarrollada en torno al magisterio de Aldo Rossi— acabó presentando, por el contrario, ciertas características de hegemonía. Al menos si, como con lo moderno, nos referimos a los ambientes de la cultura en punta.

Parecería que algunas corrientes figurativas y arquitectónicas que habían sido *sojuzgadas* en el primer tercio del siglo acabarían tomándose la revancha al renacer, con el tiempo y en otras manos, el antiguo ideal. (Según tal idea, Torres Blancas, de Oiza, aún más que la Opera de Sidney, de Utzon, sería la brillante eclosión de la modernidad que haría triunfar a ésta dejando paradójicamente al marginado expresionismo que se apropiara de su ideal, y siendo la sensibilidad permisiva hacia tal paradoja aquella que lo llevaría a parar en una vía muerta.)

No creo que los intereses vueltos, vía *De Chirico*, hacia la clasicidad puedan,

esta vez, interpretarse como simple venganza de aquel olvido. Es más justo ver la arquitectura nacida en la influencia, próxima o lejana, de Aldo Rossi como el intento de preparar un nuevo tiempo, aquél que no ve ya como suyas las ideas del movimiento moderno —de la arquitectura del XX— y que puede fundar su futuro en la conciliación de clasicismo y modernidad; esto es, en el respeto a toda la historia de la arquitectura como fuente de su disciplina y en el especial cuidado con lo valioso de la aportación moderna.

La consideración disciplinar de la arquitectura nos llevaría así a caballo de las atmósferas sin tiempo de *De Chirico*. En ellas conviven lo griego y la antigüedad, lo medieval, lo contemporáneo, pues el tiempo en la tierra, en la ciudad, se ha abolido: la ciudad mata el tiempo y épocas históricas que nunca se encontraron logran, a través de los edificios y de los objetos, hacerlo en ella.

La historia quedaría depositada en nuestras manos y, al margen del tiempo, constituiría la cada vez más amplia disciplina de la arquitectura: aquella con la que deberíamos enfrentarnos a un futuro cada vez más alejado de los ideales, intereses y polémicas que caracterizan al siglo XX.

Y en cualquier caso, honor a *De Chirico*, uno de los grandes artistas que lo encarnaron. Con su muerte, como con la de tantos, nuestro siglo parece desvanecerse al hacerlo los ideales que mantuvieron su interés, cuando por la simple fuerza de tiempo se cumple el fin de los días de aquellos que los crearon y los sostuvieron.

Antón Capitel

1. *L'Architetto metafisico*
2. *Il riposo de Arianna*
3. *Il segreto de la fontana*